En su ensayo sobre «Las ruinas», Georg Simmel percibe la arquitectura como el triunfo más sublime del espíritu sobre la naturaleza, en cuanto exige el equilibrio de mente y materia en el plan arquitectónico y su ejecución material, es decir, en vida como forma y vida como contenido. No obstante, en el instante que el edificio se deteriora, se turba el equilibrio, y la naturaleza pesa más que el espíritu. Así surge por primera vez la tragedia cósmica que traslada cada ruina a la sombra de la melancolía: el deterioro aparece como la venganza de la naturaleza contra el asalto del espíritu contra ella en la invención de formas según su propia imagen y semejanza (13). Con esta melancolía, Ayala ha escrito el relato, conmovedor en su brevedad, titulado «El chalé *art nouveau* (Salamanca)» (14). La pieza cobra más melancolía aún cuando, en una variación sumamente intensa de Simmel, el narrador identifica con el chalé viejo a su propia persona: «¡Qué dolor, esa decrepitud, ese abandono! La casa tiene mi misma edad: en lo alto de su frente ostenta la cifra de 1905; y no tanto esa fecha como el estilo del edificio evoca el mundo aquel en que, hace tantísimo tiempo, vi yo la luz primera» (*Pasos,* p. 321). Al descubrir la casa por primera vez, el narrador se deleitó —como lo habría hecho Simmel, admirador de la arquitectura— en sus formas equilibradas, «la gracia de su trazado, el equilibrio exquisito de sus proporciones, el delicado contraste que hace el ladrillo de un rojo apagado con las molduras blancas casi mate de las ventanas» (*Pasos,* p. 322). Y, aunque la naturaleza del relato se está vengando del arquitecto —«crece la yerba entre las piedras de la entrada, y sobre el umbral está pudriéndose una zapatilla de niño»—, sin embargo, en Ayala la vida como creatividad sirve de contrapeso para la vida como cultura. Por eso, frente a la arquitectura que se desmorona, nace el esfuerzo creador, posteriormente trasladado al papel, de mostrar a la compañera de viaje «esa ignorada joya» para leer en su cara «el placer que su belleza despertaba en ti». El narrador abriga la esperanza de que alguien desee comprar el chalé para «rematarla», completarla, salvarla de la desaparición (*Pasos,* p. 322). Y un autor como el Ayala de *De mis pasos en la tierra,* aunque de edad provecta, espera al lector capaz de completar su obra aún nueva, de leer entre líneas sus implicaciones universales para la vida cotidiana y para la cultura en general.

(13) «Die Ruine», en *Philosophische Kultur,* ed. cit., pp. 135-136.

(14) Incluido en *El jardín de las delicias,* op. cit., pp. 1159-1160.

* * *

En los párrafos anteriores he aplicado a la obra ayaliana de 1996 la doble visión de Simmel de la vida como creación y como principio cultural. He notado cómo el título de la obra, más propia del Goethe de Simmel que zorrillana, apunta a los pasos de una vida literaria en el mundo, y cómo el motivo de la vida como viaje permea tanto los ensayos de «metaliteratura» cuanto las anécdotas turísticas y los episodios íntimamente autobiográficos. Aquí he elegido para el análisis en los términos de la metafísica de Simmel piezas de Ayala que juzgamos esenciales a la obra en cuestión. Puesto que éstas se reparten en ensayos de «metaliteratura», íntimas vivencias autobiográficas y experiencias de viaje —con el entrecruce entre los tres temas—, he mostrado cómo la visión de vida y cultura peculiar a Simmel se extiende a piezas de cada tema. Pero limitaciones espaciales me han imposibilitado el análisis en este sentido de todos los escritos que integran la obra. El estudio completo, omnímodo, en términos de vida como proceso y vida como principio cultural, pertenece, no a un artículo de revista como el presente, sino a una edición crítica. La casona de la *belle époque* con que Ayala se identificó en Salamanca se ha convertido en la Casa Lis (Museo de Art Nouveau y Art Dèco), el museo más visitado hoy día por el turismo que el conjunto de las catedrales y la universidad; y el delicioso mosaico de escritos que comprende *De mis pasos en la tierra* merece la salvación del olvido que han recibido obras de la talla de *Los usurpadores* y *El jardín de las delicias.*

N. R. O.—UNIVERSITY OF CONNECTICUT

CAROLYN RICHMOND / *DE SUS PASOS EN LA TIERRA:* EL VIAJE LITERARIO-VITAL DE FRANCISCO AYALA, I

(VERSIÓN ABREVIADA)

«Llamé al cielo, y no me oyó, / y pues sus puertas me cierra —proclama Don Juan Tenorio al final de la primera parte del drama de Zorrilla—, / **de mis pasos en la tierra** / responda el cielo, y no yo.» Irónica resultaría a primera vista la elección por parte de Francisco Ayala de este verso de la apasionada redondilla con que, tras sus últimos *atropellos,* se despide el héroe romántico del público, y de su Sevilla natal, para volver a comparecer en ésta, y delante de aquél, en la parte segunda. Irónica... y también sutil, pues aunque la personalidad de nuestro autor —*personaje* a la vez de sí mismo dada su utilización, a lo largo de los cuarenta y siete textos que componen el libro, de una voz narrativa en primera persona, sea del singular, sea del plural— nada tiene que ver con la del protagonista zorrillesco —ni con la de otras encarnaciones artísticas, a lo largo de los siglos, del arquetipo del don-juán—, el hecho de que optase por encabezar con dicha cita esta nueva colección de escritos suyos no debe pasar desapercibido. Voluntaria fue la elección, y pese al *despiste* —recurso, por otra parte, bastante característico del Ayala narrador— que pueda aquélla producir, muchísimas son las *pistas* que nos puede facilitar: *huellas* literarias y también vitales que puedan servirnos de *orientación* en nuestro propio *viaje,* tanto el imaginario —el proporcionado por la lectura— como el que por falta de otro término mejor —¿será un sueño la vida?— se denominará aquí el *real.*

Cuando en 1996 se publicó por vez primera esta colección, todavía no se habían integrado en ella seis textos que enriquecerían de modo decisivo su contenido: los tres ensayos, muy personales, que en la edición de 1998 van detrás del que sirve de introducción (1); dos escritos en torno a la figura de Manuel Azaña (2), y una especie de autoexamen, fechado el «20 IX 1996», titulado «Pequeñas confesiones». Con la excepción de este último texto, todos habían aparecido con anterioridad en letras de molde, ya sea en recopilaciones —del propio autor o ajenas—, ya sea en la prensa. Aunque por razones fácilmente comprensibles indica aquél la fecha de algunos, la mayor parte de ellos no llevan ninguna, lo cual refuerza tanto la unidad de perspectiva —personal— del conjunto como su hilo conductor: «El viaje como metáfora de la vida humana».

Junto con el enriquecimiento del contenido de esta segunda edición —la que se puso a la venta poco después de anunciarse, el 22 de mayo de 1998, la concesión a Francisco Ayala del Premio Príncipe de Asturias de las Letras— existen otras diferencias sustanciales entre ella y la versión original. En primer lugar, fue concebida ésta como una pequeña antología de escritos del autor preparada por él a petición del editor Juan Cruz: una iniciativa, pues, venida desde fuera a la que accedería Ayala con entusiasmo y que hace que este volumen resulte ser, a lo menos en su *inspiración* inicial, una obra de circunstancias. Segundo, siendo el libro destinado a formar parte de una serie de textos obsequiados por la editorial a sus amigos y clientes cada Navidad, se trataba de una edición no venal. Por último, el adjetivo «pequeña» apenas basta para describir el aspecto físico del Crisolín: sus 508 páginas, exquisitamente impresas en papel biblia y encuadernadas en cuero marrón, miden apenas 9,5 por 7 centímetros, algo que refuerza lo que tiene de íntimo, y casi de secreto, su contenido.

Este libro-objeto —una especie de *diario de viaje,* literario y vital, en miniatura— recuerda la metáfora del «arca de palabras» utilizada por el narrador de *El jardín de las delicias* al referirse, en su epílogo, al contenido de dicho libro, salvo que aquí es más bien cuestión de un cofrecito de textos cuya lectura, para muchos, requeriría la ayuda de una lupa... Estamos, pues, ante un conjunto casi privado, que sólo en su segunda edición se abriría, cual las varas de un abanico, para revelarse a los ojos del lector en su plena totalidad. No menos atractivo, físicamente, es este nuevo libro, con un buen diseño, tipografía limpia, papel de calidad y una tapa dura de tonos verdosos, adornada con la foto de pasajeros anónimos en un andén de estación ferroviaria. Aquí se ha metamorfoseado el *estuche* primitivo: el capullo de una importante —y originalísima— obra literaria.

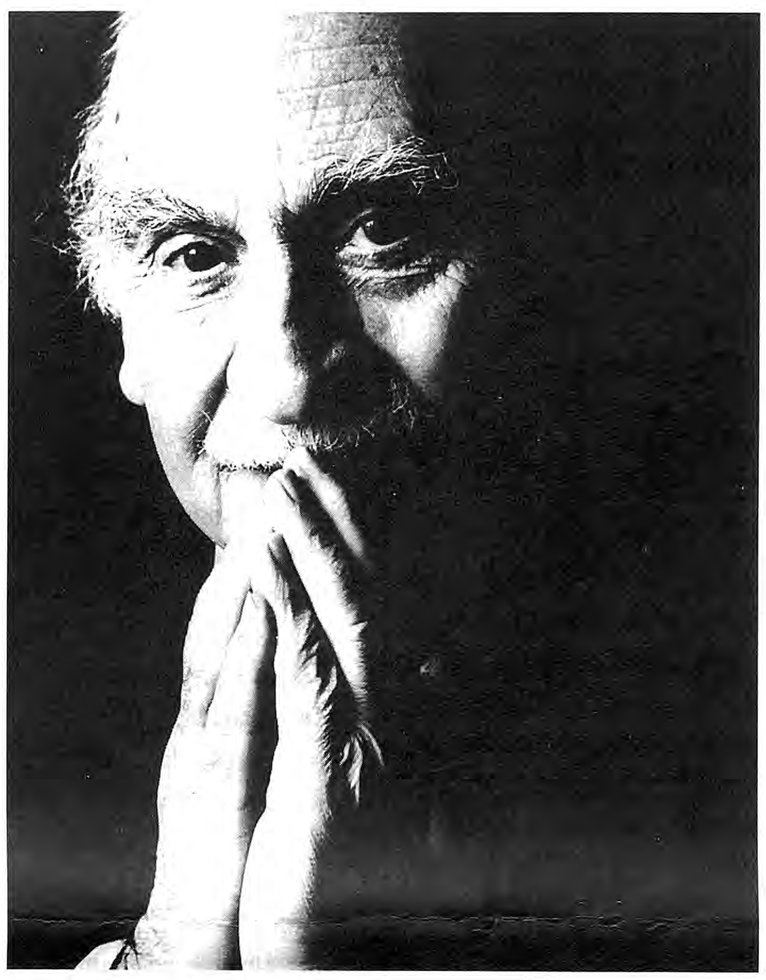
Insisto en la evolución, tanto material como de contenido, de este último libro de Francisco Ayala porque constituye una característica suya que viene manifestando a lo largo de los años. No sólo se ha interesado siempre, como procuro demostrar en un estudio reciente («"¿Para qué, entonces, afanarse en vano?"»), por el acto de escribir en cuanto proceso, sino que está éste —el proceso mismo—, así como su consecuencia natural, la transformación última del significado, en la raíz de la obra ayaliana que, precisamente por su carácter fluido, se mantiene dinámica hasta un punto a veces desconcertante. La consciencia de sí mismo que muestra Ayala, y que alcanza su apogeo en este último libro, actitud que se advierte en su firme y segura voz de ensayista, esta consciencia, digo, se percibía ya en sus memorias, *Recuerdos y olvidos,* así como en los numerosos prólogos, epílogos y otros comentarios suyos que acompañan a sus obras de invención.

(1) «Mis libros», «Una vida de escritor» y «La lectura».

(2) «Una reflexión tardía, inútil y quizá importuna sobre mí mismo (Repasando los cuadernos de Azaña)» y «Recuerdo de Azaña».

La autorreflexión y el dinamismo, tanto intelectuales como imaginativos, son constantes, relacionados ambos con la importancia que tiene para Ayala el proceso creador, proceso que se extiende mucho más allá del acto mismo de escribir, ya que la elección y colocación de textos en contextos diferentes hacen que aquéllos se lean cada vez de un modo nuevo. De ahí la significación de la metáfora del libro como una especie de puzzle compuesto de «trozos de un espejo roto» combinados, para ser contemplados a posteriori, por el epiloguista de *El jardín de las delicias.* Los textos particulares publicados por nuestro autor en volúmenes como el presente así como los libros mismos constituyen fragmentos dentro de un *universo* en constante mutación, sin perjuicio de la estabilidad que les otorga, por otra parte, su unidad de visión y de experiencia personal.

Además de las numerosas recopilaciones preparadas por Ayala de escritos ensayísticos, o bien de invención poética, se perciben sobre todo en su obra narrativa dos tendencias generales: una hacia lo bipartito, y la otra hacia lo lineal. En la primera se encuentran textos, independientes o no, que son a la vez complementarios —por ejemplo, *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero; Muertes de perro* y *El fondo del vaso;* o el «Diablo mundo» y «Días felices» de *El jardín de las delicias*—, y en la segunda, obras cuya estructura se basa en la sucesión temporal, como ocurre en la autobiográfica real *Recuerdos y olvidos* o bien en la que se ficcionaliza en la segunda parte de *El jardín de las delicias.* Ahora, en *De mis pasos en la tierra* —y en esto consiste su gran novedad— coinciden en un volumen no sólo estas dos vertientes sino también todas las gamas literarias empleadas por el autor, unidas bajo el yo de su experiencia personal. Leídos desde esta perspectiva, y dentro del orden y emplazamiento establecidos por él, estos escritos cobran una vida nueva como *pasos* textuales dentro de ese viaje literario-vital que constituye esta originalísima recopilación.



Punto de partida: El título y sus «pasos»

Según sugiere ya su título, este volumen dista mucho de ser una simple antología de textos de géneros diversos ordenados ahí dentro de una cierta secuencia cronológica: uno de esos florilegios que proporcionan al público, en pocas páginas, una idea *global* o *representativa* de la producción de un autor. Se trata en cambio de un libro complejo, con una gran coherencia y una multiplicidad de niveles de interpretación, tanto para el lector como para el propio escritor, quien —recuérdese— desempeña en este libro, tal como lo había hecho en *El jardín de las delicias,* el triple papel de creador, recopilador y —tal cual se manifiesta al comienzo de «Diablo mundo»— de (auto)comentarista (3). Es, por lo tanto, un libro que se presta a una variedad de lecturas, desde la que apela más directamente a la experiencia humana —la vida misma, equiparada metafóricamente a un *viaje* en el tiempo y en el espacio— hasta la que nos remite, mediante alusiones literarias, históricas y culturales, a lo que esta experiencia tiene de universal. El lector culto, que podría sentirse atraído por la esmerada presentación física de una y otra edición, captará seguramente gran parte de dichas alusiones, lo cual no significa, sin embargo, que el libro carezca de interés para un lector más general.

El título, *De mis pasos en la tierra,* anticipa —e invita— desde el principio a dos lecturas, independientes a la vez que complementarias, a las que se alude en el subtítulo del presente estudio: la del *viaje* individual y autobiográfico del autor —o sea, su vida—, reflejado en el contenido y orden cronológico de los textos, y la del *viaje* a través del tiempo y del espacio de cada uno de nosotros —de todo ser humano—, tal como se pone de manifiesto en tantas obras de la literatura universal, representadas aquí por la cita del *Tenorio.* Tal como ocurriera en el caso de *El jardín de las delicias,* el título llega a abrir en la imaginación del lector-cómplice, mediante un proceso de asociaciones, varios posibles *caminos* de interpretación. A esta invitación —implícita ya en las palabras «De mis pasos en la tierra»— *responde,* no el *cielo,* sino el presente estudio, pues una vez acabada e impresa una obra literaria, le corresponde al lector decidir si merece ser *salvada* —o no— para la posteridad.

De estos *pasos* en la *tierra,* palabra aquélla que abarca no sólo lo geográfico sino también lo temporal, hay bastante que decir. Primero, conviene tener en cuenta el contexto del pasaje zorrillesco dentro del cual se encuentra esta cita, sobre todo el verso siguiente: «responda el cielo, y no yo». Ironías aparte —pues en nada se asemeja nuestro autor con la figura del amante burlador que tal desafío pronuncia—, este último octosílabo sugiere tanto una región vagamente superior en el espacio como, en el tiempo, la posteridad o bien, si se quiere, la inmortalidad: piénsese, por ejemplo, en las representaciones pictóricas de esa contraposición que se dan en cuadros como *El entierro del conde de Orgaz.* Que el título del libro, tan rico en alusiones y tan sugestivo, valga de *punto de partida,* tanto para esta versión abreviada de nuestro análisis de la obra como también para los *pasos* del *viaje* doble que en la completa (4) emprenderé hacia una interpretación más a fondo de la recopilación ayaliana que viene a encabezar.

Relacionados directamente con la vida del autor en cuanto experiencias personales y escritos suyos, los *pasos* individuales, tanto vitales como literarios, dados por él en la *tierra* constituyen también un esquema de la vida de todo ser humano, plasmada en las obras inmortales de la tradición literaria. En el *viaje* concreto del autor como en todo *viaje* humano artísticamente reflejado entra, tal vez con cierto guiño irónico en el caso de Ayala, pero de un modo sumamente serio en el de los grandes creadores que le precedieron, la idea de la fama póstuma y, hasta cierto punto, la del destino: conceptos sugeridos, claro está, por la alusión —tácita— a la *respuesta* que el *cielo* pueda dar en el futuro. Implícita en todo lo dicho hasta aquí está la identificación del autor con los creadores del pasado y, por consiguiente, su propia expectativa (¿o anticipación?) del lugar en el *cielo* literario —o sea, la posteridad— que, gracias a sus *buenas obras* como escritor —y acaso también, como en el caso del héroe zorrillesco, a la caridad del amor—, quizá alcance tras la muerte...

«En la tierra»: El viaje de la vida

Los metafóricos *pasos* que llegan a constituir el —también— metafórico *viaje* de la vida de Francisco Ayala se manifiestan de diversos modos según va desplegándose la obra en capas sucesivas, pues esa imagen invita a una gran riqueza de interpretaciones. Por *pasos* se entiende primero los que se dan uno tras otro al andar, movimiento cuyas huellas marcan la trayectoria lineal de la vida. En el libro esto se traduce por la trayectoria vital del Ayala escritor en un marco espacial que, empezando por su Granada natal, le llevará de joven a Madrid, con una estancia en Berlín; luego, al exilio en Buenos Aires, Puerto Rico y Nueva York, con excursiones varias como turista a Italia, sobre todo Roma, y hasta a Egipto; y de vuelta, por fin, a España, donde el *viaje* concluye en Sevilla. Este trazado a primera vista sencillo, ya que corresponde, en sus líneas generales, al referido por el autor en sus *Recuerdos y olvidos,* se complica sin embargo desde el punto de vista narrativo y temporal dadas las diversas procedencias, fechas y hasta motivos a que responden los textos reunidos y ordenados en el volumen: «piezas diversas, de ayer mismo y de hace quién sabe cuántos años» —según diría, refiriéndose al contenido de otro libro, el epiloguista de *El jardín de las delicias*—, pero también de géneros tan variados como el ensayo, el cuento, el poema en prosa y la autobiografía, entremezclados aquí en un solo tomo cuya unidad última se debe a la voz en primera persona del Ayala escritor (5). La fuerza que mueve al volumen es, pues, la del yo, manejando la memoria para elaborar, sea mediante el pensamiento, sea mediante la imaginación creadora, la propia experiencia personal. Refuerza esta sensación de unidad la estructura circular de la obra, a la que volveré en su momento.

Pasos son, también, las etapas, tanto en el tiempo como en el espacio, en la línea cronológica que es una vida, complementando, así como enriqueciendo, la acepción anterior de esa palabra. Según pudo verse en el resumen de la trayectoria de Ayala, está ésta dividida en unas cuantas etapas —o *pasos*— geográfico-temporales que corresponden, además, a unos *pasos* significativos en su propio desarrollo y maduración, coincidiendo con experiencias vitales decisivas. La estructura de esta nueva recopilación de textos, que arrancan todos —según queda apuntado— del yo del escritor, refleja la progresión entre una etapa y otra. No se trata —me apresuro a aclarar— de bloques —o *capítulos*— diferenciados entre sí, sino de escritos ordenados de tal modo que llegan a formar naturalmente grupos que, sin embargo, presentan una gran variedad de perspectivas, tanto formales —el género y su elaboración artística— como temporales —la época y circunstancias de su redacción—. Dado que muchos de estos últimos aspectos quedan sin precisar, y que el autor viene probando a lo largo de los años los límites entre su propia *experiencia e inven-*

OBRAS CITADAS

Francisco Ayala, *La cabeza del cordero,* ed. de Rosario Hiriart, Madrid, Cátedra, 1989.

— *De mis pasos en la tierra,* Madrid, Santillana (Aguilar), Colección Crisol 059, 1996.

— *De mis pasos en la tierra,* Madrid, Alfaguara, Colección Textos de Escritor, 1998.

— *Experiencia e invención (Ensayos sobre el escritor y su mundo),* Madrid, Taurus, 1960.

— *El fondo del vaso,* ed. de Nelson R. Orringer, Madrid, Cátedra, 1995.

— *El jardín de las delicias* y *El tiempo y yo,* pról. de Carolyn Richmond, Madrid, Espasa-Calpe, Selecciones Austral, 1978.

— *El jardín de las delicias,* Madrid, Mondadori, 1990.

— *Muertes de perro,* ed. de Nelson R. Orringer, Madrid, Cátedra, 1996.

— *Realidad y ensueño,* Madrid, Gredos, 1963.

— *Recuerdos y olvidos. 1. Del paraíso al destierro. 2. El exilio. 3. Retornos,* Madrid, Alianza, 1988.

— *Los usurpadores,* ed. de Carolyn Richmond, Madrid, Cátedra, 1992.

Carolyn Richmond, «"¿Para qué, entonces, afanarse en vano?": El acto de escribir en la obra de Francisco Ayala», en *Francisco Ayala: El escritor en su siglo,* ed. de Manuel Ángel Vázquez Medel, Sevilla, Alfar, 1998, pp. 11-27.

José Zorrilla, *Don Juan Tenorio,* ed. de Aniano Peña, Madrid, Cátedra, 1989.

(3) En *El jardín de las delicias,* y de acuerdo con la importancia que tienen en él los sentidos, sobre todo el de la vista —las ilustraciones, la metáfora del espejo—, actúa Ayala no sólo como *presentador* (el comienzo de «Diablo mundo») sino también, en el epílogo, como *contemplador,* tanto del contenido como de sí mismo: «Ya el libro está compuesto —escribe ahí—. He reunido piezas diversas, de ayer mismo y de hace quién sabe cuántos años; las he combinado como los trozos de un espejo roto, y ahora debo contemplarlas en conjunto. Sí; cuando me asomo a ellas, pese a su diversidad me echan en cara una imagen única, donde no puedo dejar de reconocerme: es la mía.»

(4) Esta versión, cuyos seis apartados —o *pasos*— adicionales contienen comentarios de todos los textos del libro, y que, por su extensión, no ha podido reproducirse íntegramente en el presente número de homenaje de la revista *Ínsula,* será publicada por Ediciones Alfar en una próxima recopilación de estudios ayalianos.

(5) Había intentado algo semejante, aunque de modo bipartito y sin el hilo conductor autobiográfico, en la edición doble de *El jardín de las delicias* y *El tiempo y yo* (1978).

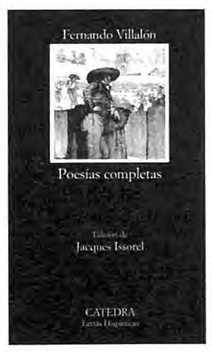
NOVEDADES

CÁTEDRA

LETRAS HISPÁNICAS

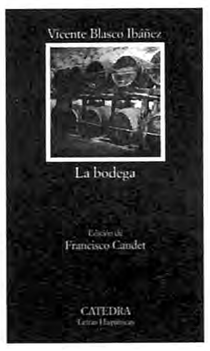
GENERACIONES Y SEMBLANZAS
FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN
Ed. José Antonio Barrio

POESÍAS COMPLETAS
FERNANDO VILLALÓN
Ed. Jacques Issorel



LA MAJA DESNUDA
VICENTE BLASCO IBÁÑEZ
Ed. Facundo Tomás

LA BODEGA
VICENTE BLASCO IBÁÑEZ
Ed. Francisco Caudet



EL PRÉSTAMO DE LA DIFUNTA Y OTROS RELATOS
VICENTE BLASCO IBÁÑEZ
Ed. José Mas y María Teresa Mateu

CRÍTICA Y ESTUDIOS

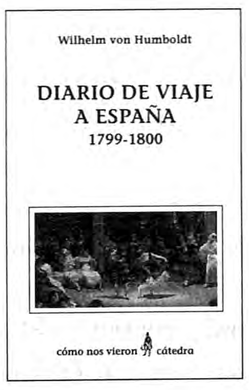
DON JUAN TENORIO EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XX
Literatura y cine
ANA SOFÍA PÉREZ-BUSTAMANTE (ED.)

CÓMO NOS VIERON

NUEVA COLECCIÓN

VIAJE A ESPAÑA
THÉOPHILE GAUTIER
Ed. Jesús Cantera

DIARIO DE VIAJE A ESPAÑA 1799-1800
WILHELM VON HUMBOLDT
Ed. Miguel Ángel Vega



De venta en librerías. Comercializa: CGA
Oficina central: Juan Ignacio Luca de Tena, 15 Tels.: (91) 3938600
Fax: (91) 3209129 / 7426631 28027 MADRID
INTERNET: http://www.catedra.com

ción (6), ha de ser el lector quien, mediante un proceso de *re-creación* imaginativa e intelectual, *transforme* todo este conjunto de *pasos* en una su propia *imagen* integral del escritor Francisco Ayala según ha elegido él dejar constancia de sí mediante su obra.

Como ya quedó dicho, los apartados, que, de modo casi orgánico, llegan a constituirse mediante los textos que los integran, no son del todo autónomos, pues existe entre ellos una fluidez reforzada hasta cierto punto por la intertextualidad de gran parte de su contenido, la cual llega a crear un efecto prismático de perspectivas (otra vez el «espejo roto» de *El jardín de las delicias*), relacionadas, a su vez, con la referida diversidad de géneros así como con el intrincado juego temporal que genera el conjunto. En términos musicales —imagen a la que invita no sólo el verso octosílabo del título sino también escritos como «San Silvestre», «*Ballo in maschera,* o El tango del ayer», o «En la Sixtina»— nos hacen pensar también en los *pasos* o mudanzas de un baile —el que constituye, metafóricamente, la vida, o bien, si se quiere, esa última y decisiva *danza de la muerte* medieval—, con sus repeticiones, variaciones, alternancias e interludios. Dentro de este ritmo contrapuntual del contenido del libro se pueden rastrear, en términos globales, seis apartados que, por limitaciones del espacio, han de omitirse aquí, pero que se analizan a fondo en la versión completa del presente trabajo.

«Responda el cielo»: El viaje literario

Había dicho al comienzo que el volumen *De mis pasos en la tierra* refleja un doble *viaje* por parte de su autor: primero, el de su propia vida individual —*ficcionalizada* a la vez en el sentido de que él se convierte en su propio *personaje*— dentro de las circunstancias de un tiempo histórico específico; y segundo, el *viaje* de toda vida humana en general. Así, la vida de un individuo concreto se inserta en la corriente universal del vivir humano. Consciente es Francisco Ayala de ser, no sólo como poeta sino también en cuanto participante del movimiento histórico, un *eslabón* en la larga *cadena* de autores que —inspirándose en la observación así como, a veces, en la experiencia personal— re-crean mediante diversos enfoques y procedimientos artísticos esa experiencia, única a la vez que común, que es la vida humana. Los *pasos* de nuestro autor resultan ser, pues, tanto suyos como un eco de otros, lejanos, plasmados por antecesores literarios —hoy día considerados *clásicos*— que, cada uno a su modo, han dejado en su obra una visión —profunda y duradera— del *viaje* de la vida. Cualquiera que sea la inspiración o la finalidad inmediata de las grandes obras literarias del pasado, la trascienden para hablarle directamente al lector actual, quien acaba identificando de alguna manera su propia trayectoria vital con la que los autores de dichos textos captaron poéticamente. Desempeña por lo tanto Ayala, tal como lo habían hecho los *antepasados* literarios a los que, implícita o explícitamente, hace alusión en *De mis pasos en la tierra,* un doble papel dentro de esa continuidad que es la tradición: el de autor así como de lector.

¿A qué obras o escritores me refiero? No es cuestión de volver aquí sobre los análisis de los textos concretos que componen el volumen llevados a cabo en la versión completa del presente estudio. Baste con decir que es enormemente amplia, y de una gran riqueza, la gama de alusiones literarias que en ellos se encuentra, dentro de las que habría que destacar, claro está, las referidas a obras que se sirven de la metáfora del viaje: tanto el de una vida particular como el cumplido en la fantasía o el sueño. *Viajes* lineales —la narración de una vida en el tiempo— así como circulares —no sólo el eterno retorno sino también la perspectiva de quien, desde la madurez, *vuelve* a su pasado, según ocurre en el volumen comentado aquí—; y ello, tanto en cuanto a la totalidad de su estructura como en los escritos que lo componen. El proceso asociativo que ha de seguir el lector ofrece un paralelo con el seguido por el propio escritor —*recopilador,* recuérdese, de sus propios escritos, además de asiduo lector—, quien ha *creado* esta obra suya —tanto en su conjunto como en sus partes— llevando a cabo al mismo tiempo una continua *re-creación* de la tradición literaria: al *re-crear* directa o indirectamente para sí el lector de Ayala lo que a través de los ojos le llega, se convierte a su vez —imaginativamente— en un nuevo *creador*... Vistos desde esta perspectiva, el proceso de la escritura y el de la lectura permiten al que los cumple dar vida y prolongarla, refrenar el fluir del tiempo y asomarse a la inmortalidad. «¿Para qué tenías que escribir? —se reprocha en el epílogo el autor de *El jardín de las delicias*—, ¿Acaso no bastaba?... (...) ¿No es perverso intento el de querer oponerse a la fugacidad de la vida?» Contesta en seguida el Ayala lector de sí: «Ahora, repasando las páginas del libro, vuelve todo ello a encenderse, a vibrar dentro de mí. Se encenderá y vibrará también de alguna manera cada vez que alguien lo lea.»

Parecido papel desempeñan las numerosas alusiones literarias, implícitas y explícitas, en la recopilación de textos que nos concierne aquí: son como *vibraciones* —lejanas e imprecisas algunas, inmediatas y clarísimas otras— que apelan a la imaginación del lector como ecos de lo que contiene el pasado de experiencia común. No se trata de paralelos de tipo imitativo sino más bien de destellos momentáneos —fragmentos de conocimiento que

(6) Título, por cierto, dado por Ayala a una colección de ensayos literarios...

alternan con escamoteos de la verdad— que, al expandir así el tiempo y el espacio, nos invitan a participar en aquel diálogo continuo del propio autor, no sólo consigo mismo sino también con sus antecesores literarios, involucrándonos en una especie de recordación universal, por fragmentaria que sea, de la humanidad entera. La finalidad de tal diálogo —el de Ayala, o bien el de sus lectores— es, claro está, el autoconocimiento a través de los múltiples *espejos* del texto literario: *viaje* de *(re)creación* para el que ha de servir también el *creador* del libro como intermediario y hasta —según la tradición literaria— como guía.

Lo cual nos conduce, por asociación, al autoconocimiento de famosos *viajeros* anteriores mediante su visita a un pasado mítico durante el descenso al averno; y, de ahí, a la idea de la vida como sueño —motivo recurrente, por cierto, en *De mis pasos en la tierra*—. En el fondo, y pese a constituir un *viaje* en el tiempo y el espacio, ¿será en efecto un sueño la vida? Sugieren esta posibilidad tanto el contenido y estructura del volumen ayaliano —textos de diversa índole y fecha, recopilados y ordenados por él a posteriori— como lo que tiene de —igualmente fragmentario— *viaje literario,* el cual podría interpretarse a la vez como una especie de *visita* al *averno* de sus antepasados poéticos. Los procesos asociativos de su *creación,* así como de su *re-creación* por parte del lector, apelan no sólo a la razón sino también —y sobre todo— al subconsciente. Y como la verdad es siempre parcial, dependiendo del punto de vista, no puede ser abarcada jamás como totalidad en una obra humana. Ésta, de Francisco Ayala, nos acerca a unas verdades cuya *realidad* más honda se encuentra, quizá, en el reino del *ensueño* (7). De ahí el importantísimo papel que desempeñan en ella la autorreflexión y las piezas de invención de tono lírico, reflejos de lo más hondo de su propia intimidad.

«Los años correrán, volará el tiempo», nos recuerda el epiloguista de *El jardín de las delicias,* quien termina dicho libro *temblando* ante la idea de que no vuelva a abrirlo su destinataria. La vida es breve, sí, pero si el arte ha de ser duradero, requiere para ello una continuidad de lectores. La inmortalidad que le puede conferir al escritor su obra depende, no de él mismo, sino de la posteridad —o sea, en palabras del héroe zorrillesco, de una eventual *respuesta* del *cielo*—. Consciente de esto, deja Francisco Ayala el relato de sus *pasos en la tierra* para que, al elegir abrir —o no— el libro, sean sus lectores quienes *respondan* en el futuro a él.

C. R.—COLUMBIA UNIVERSITY

CAROLYN RICHMOND / *DE SUS PASOS...*

(7) *Realidad y ensueño* se titula, en efecto, un volumen de crítica literaria del autor entre cuyo contenido se encuentran importantes estudios de Cervantes, Quevedo, Tirso y Calderón.

DOMINGO SÁNCHEZ-MESA MARTÍNEZ / LOS SECRETOS DEL *FONDO* O UNA GUÍA DE PERPLEJOS. FRANCISCO AYALA Y LA LITERATURA EUROPEA CONTEMPORÁNEA

«Quiero arribar a muchas visiones duras de la época, como Quevedo o Goya, y temerme tan poco como les temo a ellas. Quiero obligar a los demás a seguir viviendo, por muy menguadas que sean sus expectativas. Quisiera dar con un apocalipsis invertido que los libere de la amenaza que pese sobre ellos. Quiero ser fuerte y confiar» (Elías Canetti, *El suplicio de las moscas*).

Francisco Ayala doctor *honoris causa* por la Universidad de Granada (1994).

Según Italo Calvino, «Un clásico es aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él...»; o bien, «Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir», e incluso, «Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad». Pues bien, con este asedio del fabulista italiano al significado del *clásico* literario (1) me gustaría iniciar el abordaje al lugar, cada vez más consolidado, de Francisco Ayala dentro de la nómina de los autores clásicos de la literatura contemporánea.

En efecto, la obra de Francisco Ayala habita en el corazón de las letras europeas, en los estratos más perdurables y fructíferos del pensamiento occidental de nuestro siglo, y lo hace habiendo permanecido en la periferia durante décadas. Determinadas facetas de su biobibliografía pueden corroborar dicho aserto. Su movilidad vital y curiosidad intelectual, acentuada por las circunstancias del exilio (que le llevó de Argentina a los Estados Unidos, pasando por Brasil y Puerto Rico) y patente en sus diversos viajes por los continentes europeo, americano o al Oriente Próximo; su valoración de la función del intermediario cultural, que le llevó a emprender la traducción de algunos autores claves de la cultura literaria europea (T. Mann, Rilke o Moravia) (2); la clara conciencia universalista de la función del escritor..., todo ello, bajo el signo de la propia dinámica comparatista puesta en marcha por el proceso de lectura (3), delinea el perfil de un creador y crítico dotado de una clarividencia poco común respecto al funcionamiento dialógico del quehacer literario entre los ejes de lo local y lo universal, entre lo inmediatamente ofrecido a la indagación racional y estética y el radio de alcance superior, en el tiempo y el espacio, de las imágenes con las que trata de interpretarse la realidad circundante.

La imbricación de la narrativa ayaliana en la literatura de nuestro siglo ya fue puesta de relieve por Thomas Mermall a propósito del uso sistemático de la imaginería grotesca en los relatos de Ayala como iconos de la postración espiritual de la Europa de entreguerras (4). De entre su selecta y jugosa obra crítica vislumbramos asimismo una indagación no casual en algunos maestros de las letras occidentales, con sagaces visiones bien sobre la cercana *inactualidad* de la creación proustiana, sobre su técnica literaria del *tiempo vivido* y reconstruido en la conciencia, cuyo fondo sociológico es puesto de relieve; bien sobre la poesía trágica de Rilke, consuelo final tras la inexorable intuición del cumplimiento temporal, o sobre el pulso titánico de Thomas Mann, nuevo Goethe (del que también se ocupa), contra las fuerzas oscuras del poder latentes en la cultura alemana de comienzos de siglo (5).

Sin embargo, esta posición finalmente integrada de la escritura ayaliana en el canon de las letras hispánicas y europeas (como el reconocimiento de la práctica totalidad de los premios más prestigiosos están corroborando en los últimos años) es un fenómeno tardío (6). En este sentido no falta razón a Claudio Magris cuando afirma que hoy más que nunca la historicidad, la función real de la literatura, se mide más según las fechas de lectura de los libros que las de su redacción. Esto es válido igualmente para otro escritor que propongo leer aquí de forma paralela a Francisco Ayala: me refiero a una de las más brillantes conciencias errantes y *recuperadas* en el último cuarto de siglo, Elías Canetti (1905-1994).

Como sucedió con Ayala, apartado provisionalmente del público natural al que se encontraban dirigidos sus escritos, a Canetti sólo le llegó el reconocimiento bastante tarde, durante la década de los setenta, rubricándose dicha *reaparición* con el Nobel

(1) Italo Calvino (1991), *Por qué leer los clásicos,* trad. de Aurora Bernárdez, Barcelona, Círculo de Lectores (1992).

(2) Su interés por el fenómeno de la transferencia literaria a través de la traducción le llevó a escribir su *Breve teoría de la traducción* (1943), recogida en la colección *Los ensayos. Teoría y crítica literaria,* Madrid, Aguilar, 1971.

(3) «Leer es comparar», resume G. Steiner en su ensayo «¿Qué es la literatura comparada?» (en *Pasión intacta. Ensayos 1978-1995,* Madrid, Siruela, 1996).

(4) Thomas Mermall (1983), *Las alegorías del poder en Francisco Ayala,* Madrid, Espiral Ensayo. En concreto se establecen aquí paralelismos con Kafka (entre relatos como *El Hechizado* y *El castillo),* ya apuntados por Borges (*Sur,* núm. 122, 1944); con Thomas Mann *(Erika ante el invierno* y *Mario y el Mago),* e incluso con poetas como Yeats *(The second coming)* o T. S. Eliot *(The Waste Land).*

(5) *Los ensayos. Teoría y crítica literaria,* Madrid, Aguilar, 1971.

(6) El último capítulo de este proceso, probablemente el más valioso para el propio escritor, ha sido la creación en este mismo año (1998) de la *Fundación Francisco Ayala* que, a iniciativa de las Universidades de Sevilla y Granada, velará por la diseminación de la obra del escritor granadino.